

MIÉRCOLES SANTO

Mateo 26, 14-25

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: «¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?». Ellos se ajustaron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ácidos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?». Él contestó: «Id a la ciudad, a casa de quien vosotros sabéis, y decidle: “El Maestro dice: mi hora está cerca; voy a celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos”». Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: «En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar». Ellos, muy entristecidos, se pusieron a preguntarle uno tras otro: «¿Soy yo acaso, Señor?». Él respondió: «El que ha metido conmigo la mano en la fuente, ese me va a entregar. El Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero, ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!, ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!». Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: «¿Soy yo acaso, Maestro?». Él respondió: «Tú lo has dicho».

La oscura realidad de la traición. Judas Iscariote, quien, motivado por la codicia y el egoísmo, se ofrece para entregar a Jesús a las autoridades religiosas a cambio de treinta monedas de plata.

La traición no es un acto irracional. Siempre encuentra motivos que la justifican. Algunos estudiosos han dicho que Judas quería apasionadamente la liberación de Israel, pero una liberación diferente de la que proponía Jesús. Judas había visto en Jesús una autoridad y un poder divino capaces de provocar cambios. Incluso lo confesaba como el Mesías, el Hijo de Dios de las promesas. Pero como Jesús no acababa de empezar la revolución, Judas quería obligar a Jesús a hacer lo que a él le parecía bueno para el pueblo, pero a su manera. En el fondo, Judas nunca entendió a Jesús porque nunca le quiso entender. El problema no lo tenía en la cabeza, sino en el corazón. Judas sucumbió a la tentación de la traición.

Esto nos recuerda que ninguno de nosotros está exento de la posibilidad de desviarnos del camino de la verdad y del amor. Podemos pensar que tenemos mucha fe en Jesús, que tenemos una sólida vida de piedad, y a la vez engañarnos con muchos razonamientos lógicos y sesudos, pero que solo justifican nuestros intereses, lo que a nosotros nos parece que más conviene, lo que a nosotros nos parece mejor y más justo. Eso es soberbia, vestida de bondad.

Esta traición de Judas nos invita a reflexionar sobre nuestras propias acciones y motivaciones. ¿Escucho de verdad a Jesús, o solo lo que me gusta? ¿Busco la voluntad de Dios y me entrego a ella, o intento justificar la mía? ¿Qué me impulsa de verdad en mis decisiones diarias? ¿Estoy guiado por la fe y la lealtad hacia Jesús, o permito que la soberbia oscurezca mi corazón, mi manera de pensar y de ver las cosas?

Pidamos al Espíritu Santo el precioso don de la humildad, que nos acerquemos a Jesús con sinceridad de corazón y con confianza total en Él. Cuando comulgues, renueva tu compromiso con Cristo, intenta vivir cada día con fidelidad íntegra, abandonándote al plan de salvación del Padre. Porque con María también aprendemos a decir con Jesús: “Padre, hágase tu voluntad, y no la mía”.